

# La almohada de Cortés, y la barba de la faraona

TEXTO: CARMEN BOULLOSA

**E**staba yo pensando en la almohada de Cortés, la que dicen que usó para asesinar a su mujer cuando vino tras él a México. Cortés fue un soldado cualquiera, pero se había vuelto el “sus cacahuates truenan”, y Catalina vino, porque “hasta que la muerte lo separe”. Lo que me intrigaba más era la persona que había fabricado la almohada. Imaginé a un indio artista del arte plumario al que le piden que llene un cojín con éstas. Pero ese mismo día, mi amiga Verónica Salles Reese me pasa la nueva de que los arqueólogos han identificado a la faraona Hatshepsut (siglo XVI a.C.), y, un par de horas después, corro a ver la película china *El banquete*, historia de una emperatriz bellísima (907-960 d.C.)

La almohada de Cortés quedó sepultada por el peso de estas dos personajes. Total: Catalina, la de Cortés, fue una víctima aburrida, y en cuanto al artista de arte plumario, es más divertido imaginar cuando Dureo se rinde ante una de sus piezas. Me puse a pensar en la barba y lo sexy de las dos mujeres. Fueron madrastras que robaron el trono a sus hijos. La estrategia de Hatshepsut para aferrarse al trono consistió en parte en hacerse la macha: hizo que la representaran con una piochita larga, símbolo de poder entre los egipcios, y se cambió el femenino de su nombre por el masculino. La de la emperatriz china fue seducir con sus femeninos encantos al usurpador, a quien no le es leal porque está (probablemente) enamorada del hijastro, (y definitivamente) enculada con él. Le gusta su víctima.

Por el hallazgo de los arqueólogos, sabemos que Hatshepsut tenía 50 años cuando murió de cáncer en los huesos. Muerta Hatshepsut, los egipcios se empeñaron en borrar su memoria, destruyeron casi todas las

esculturas que la representaban o que ayudaban a conservarla viva, condenándola al olvido en el más allá. A la emperatriz china sexy, parece que sólo le interesaba el más acá, y para su colmo, al final de la película, apenas tiene todo el poder para sí, le entierran una daga por la espalda.

Tenía toda la intención de seguir pensando en ellas dos –¿leyendas misóginas, homenaje a las mujeres?–, cuando algo me interrumpió: una de mis vecinas envió un mensaje a la lista de correos de la manzana: le urge que alguien se apunte como nana de su rana (*Frogsitting?*, tituló el e-mail). Se van por tres semanas, alguien debe cuidar su mascota. Los deberes son simples: irle a buscar chapulines cada semana y ponerla cerca del sol.

No pude contener mi simpatía por quien se apunte. Cuando niña, cazaba grillos en los terrenos de la esquina de la casa. No los comprábamos: los atrapábamos con nuestros deditos. No los usábamos para nada, hacíamos “sopas” con ellos en hoyos cavados en la tierra. Nada, el espíritu destructor de los niños. Y así dije adiós a mis pensamientos sobre la barba de la faraona y lo sexy de la emperatriz, y me quedé con los recuerdos de mi infancia, donde no hay mujeres barbadas ni sexys, sino en las películas que iban a ver sin nosotros los adultos. •

CARMEN BOULLOSA

Ciudad de México, 1954. Escritora. Su novela más reciente es *El Velásquez de París*, publicada por Ediciones Siruela.